

menterio. Lo teníamos casi pensando en la tumba con su padre y fué para todos una aparición. El saludo fué general:

- Cómo vimos la otra noche a tu padre... Este no se lo cree...
- ¡Que no se lo crea!
- Mira que venía...
- Yo tenía un miedo... A mí de los vivos lo que quieran, pero de los muertos..., vamos que no lo puedo remediar, se me pone la carne de gallina, me tiembla hasta el aliento, ¡no lo puedo remediar!
- A mí, también, me da miedo.
- Bueno, vamos por partes—dijo uno que era un fanfarrón—, yo no he dicho que me daba miedo.
- Y tú, ¿donde te quedaste?
- Me cogió mi padre.
- Nuestra angustia rebasaba todo límite, nos ahogábamos...
- ¿Que te cogió tu padre?
- Sí, me cogió...
- Y ¿qué te dijo?
- ¡Cuenta, hombre, cuenta! ¿Qué te dijo?
- No, si no me dijo nada. Me pegó una paliza muy respetable y no me ha dejado salir de casa hasta hoy.

JESUS DELGADO

AVISOS

La noble indignación ante el desorden y las flaquezas implica un sentido humano más profundo que el frío desprecio y el sarcasmo petulante: hay que ver las cosas con mirada de carne y hueso, no con alambique de laboratorio.

El hombre que no se da a sí mismo en su obra, lega a la posteridad chochez de anticuario y comadreo de rebotica: las cosas adquieren valor humano por la dosis de alma que ponemos en ellas.

El presente es la silueta divisoria entre lo que hemos sido y lo que anhelamos ser, punto de unión entre el pasado y el futuro: el momento operante y fecundo es lo que importa; lo demás es tiempo perdido.

El extremeño es como la rugosa encina, seco, áspero, algo insociable y bastante discolo, pero fecundo, austero, solemne e inmovible: el fondo de su alma, empero, exhala el rocío de infinita ternura.

«PRUDENS»

LIRICA SOBRE EL CANAL

OCTUBRE

No durmamos para soñar. Soñemos despiertos.

Y llenemos nuestras retinas de un mismo paisaje, siempre repetido. Un paisaje alegre, serio, fecundo. La fecundidad es siempre seria. Y alegre.

Olivos, olivos... Senaras de pan traer. Huertas—coles y coles—. Eras en donde aún se yerguen los panes de las hacinas. Las trilladoras ponen la nota de fealdad—nuestro triste siglo XX—entre la alegría del oro más amable. Lanzan al cielo por última vez—las faenas tocan a finalizar—las bocanadas de humo del enorme cigarro de su chimenea.

Un pueblito, Torremayor: un atrio—geometría euclidiana—encierra una iglesia extremeña—más romántica que gótica, o romana por fuera, goda por dentro—. La recta de la carretera atraviesa el pueblito alargándolo todo lo que puede.

Más olivos, más senaras, más barbechos. Más huertas. Eras. Otro pueblo: La Garrovilla. A la salida preparan—en las bodegas—el líquido de Baco. Minerva, Ceres... y, alguna vez Baco. ¡Me gusta el cuadro!

Repitamos el panorama. Pero sigamos adelante.

Pronto el abuelo Guadiana se asoma para vernos. Sin mucha prisa—desde luego—, pues es viejo y ya no anda. Se contenta con reptar detrás de estos cañaverales gigantes. Salimos a su encuentro. ¡Pobre abuelito río! Debe estar muy grave, pues está muy entablillado.

Una grúa saca piedras. Una grúa pone piedras. Un hombre, otro; otro lleva un tablón. Este empuja una vagoneta: ¡Buenas tardes!

Y mientras chirrían los cabrestantes, mientras suenan las piquetas del cantero, miro al cielo. Un cielo azul oro, unas nubecillas acarameladas.

En medio de las piedras el río—un canalito estrecho, debajo de un puentecito de madera—no sé que dice o suplica. Se ensancha prodigiosamente y su lentísima marcha semeja un lago tranquilo. Una barca sin quilla viene hacia mí. Y más allá—telón de fondo—una cordillera blanda alza su lomo cerrando el horizonte.

Todo esto es la Presa de Aljucén que desviará el cauce. Aquí mismo la boca del Canal. Muy ancha. Y muy sólida. Como las piedras de sus altos muros fueron puestas sin labrar, tengo que acordarme de los muros ciclópeos, algunas de ellas están encendidas de rubor; éstas miran hacia afuera. A la derecha una casita muy linda mira—desde un alto—muy alegre, yo diría que sonríe, la misma boca del